

no se esfuerza únicamente para vivir, sino que también vive para esforzarse. Entonces nacieron el arte y la ciencia, los sentimientos estéticos y religiosos.

La cultura filantrópica tiene por objeto la satisfacción del amor á la humanidad. Propónese principalmente auxiliar á cuantos luchan en los grados más ínfimos de la cultura material é ideal. Quiere aliviar las penas corporales y morales allá donde se encuentren. En particular, quiere impedir una exclusión asaz profunda entre la cultura material y la ideal. No obstante, ninguna desdicha ni sufrimiento alguno, ya corporal, ya moral, que le salga al paso, le es extraño. A menudo, allí mismo donde reina abundancia de bienes materiales y morales, acaso se necesita una mano caritativa. La cultura filantrópica no tiene necesidad de constituirse separadamente al lado de las otras dos: puede asociarse perfectamente con ellas, y determinar su espíritu y su orientación. Pero, manifiesta ú oculta, es preciso que exista para que la evolución sea sana y vigorosa.

1. LA CULTURA MATERIAL

XXIV

Oposiciones sociales

1. Antigua y moderna apreciación del trabajo material.—
2. Propiedad y trabajo. Desagradables efectos de la división del trabajo.

1. Trátase de cultura material cuando el hombre está obligado á trabajar para conservar su vida. Mientras encuentra en la naturaleza los medios de su conservación, por ejemplo frutos que se dan sin cultivo, permanece en una etapa semi-salvaje. Pero cuando la cultura material ha franqueado sus primeros grados, llega un momento en que consideramos con desprecio las formas de actividad que tienden á procurar las condiciones primeras é indispensables de la vida. Débese esto á la división que se opera prontamente en el trabajo. Los fuertes escogen por sí mismos las tareas que son de su agrado, y abandonan las demás á los débiles. En la época bárbara, la caza y la guerra considéranse las únicas ocupaciones dignas del hombre. Con el progreso de la cultura, añádese el trabajo del espíritu á aquellas ocupaciones. Desde entonces se establece un dualis-

mo entre un círculo de trabajos escogidos por sí mismos y capaces de llenar y de desarrollar la vida personal, y otro círculo de trabajos impuestos por la fuerza ó la necesidad, los cuales transforman la persona individual en simple medio para otros. Considerábase entonces degradante trabajar para lo necesario. Estas ideas manifiéstanse á través de la antigüedad clásica y de la Edad media. Por un lado, la escasa relación del trabajo mecánico con la personalidad; por otro, la dependencia que resulta del trabajo asalariado, que obliga á considerar las labores manuales como indignas de un hombre libre: «el taller nada puede tener de noble», dice Cicerón (*nec enim quicumque ingenuum potest habere officina*) (1). La escuela estoica sostenía la dignidad del trabajo; la intención del sabio ennoblecía todos los actos de la vida humana. El cristianismo aplicó y propagó estas ideas. Pero la sociedad de la Edad media, fundada por completo en la aristocracia y la jerarquía, apartóse nuevamente de esta concepción. En el año 1781, la Academia de Madrid propuso todavía este asunto de concurso: «Demostrar que las profesiones útiles no tienen por sí mismas nada de deshonrosas.»

Estas ideas por tanto tiempo dominantes, fundábanse sobre consideraciones de orden á la vez estético, religioso y moral. Para el idealismo estético de los griegos y para el idealismo religioso de la Edad media, la elaboración de la materia tenía algo de envilecedor y degradante: impedía al hombre hacer de su personalidad una armoniosa obra de arte ó renunciar al mundo sensible. Además, la producción ma-

(1) Cicerón. *De officiis*, I, 150.—Cicerón sigue aquí, según costumbre suya, al estoico Panecio, que, respecto á este punto, era más aristócrata que los estoicos anteriores y posteriores. Véase Bonhöffer, *Die Ethik des Stoikers Epiktet*. Stuttgart, 1894, p. 73; 233-243.

terial, que ante todo servía para la conservación propia del individuo, parece ser consecuencia del egoísmo. Esta doctrina la ha favorecido á menudo la economía política moderna, insistiendo firmemente en los móviles egoístas de la adquisición de las riquezas.

Si en los tiempos modernos se concede un sitio más distinguido al trabajo material, débese á ideas propias para la concepción moderna de la vida. Hoy estamos convencidos de la estrecha conexión de la vida mental con la vida material.

Sea cual fuere la manera como nos representemos la relación exacta del espíritu y de la materia, es indudable que la vida del espíritu está sujeta á la forma más delicada de la vida material. El cerebro de un hombre bien dotado, es el más delicado producto material que conocemos. Todo trabajo material tiene por fin, en definitiva, producir el mayor número posible de cerebros buenos; por consiguiente, trabajar por la cultura material significa trabajar también por la cultura mental. Además, el trabajo material manifiéstase cada vez más como la aplicación de las leyes descubiertas por el trabajo del pensamiento. Si trabajamos y dominamos la naturaleza, es en virtud de la superioridad que nos da sobre ella el conocimiento de sus leyes. Entre el mundo del espíritu y el del cuerpo se ve establecido un punto que no conocieron la antigüedad ni la Edad media. Cicerón distingue entre el trabajo (*opera*) y el arte (*ars*), el primero indigno, el segundo digno de un hombre libre. Mas, para muchas clases de trabajos, esa oposición decidida se desvanece poco á poco. Si la caza, la guerra y el trabajo del pensamiento parecieron primeramente nobles ocupaciones, porque las fuerzas personales podían moverse en su seno libremente, en adelante la elaboración de los mismos cuerpos materiales puede des-

arrollar la personalidad, á medida que exige en mayor grado la intervención de la inteligencia y de la voluntad, y desde el momento que no es ya tan sólo una acción enteramente mecánica impuesta desde el exterior. En fin, hemos llegado á comprender que el trabajo del individuo, por insignificante que parezca, representa, sin embargo, un papel en el conjunto de la economía social. El individuo no se procura solamente los medios de conservar su vida propia, sino que contribuye en mayor ó menor parte á la vida de la especie y aumenta los bienes que están á disposición de la sociedad. Su energía y su economía pueden, á causa de la solidaridad que existe entre los individuos que luchan por la vida, aprovechar todavía á otros además de lo que él los utiliza. Así, puede ejecutar igualmente su labor con una intención que exceda el horizonte de sus necesidades puramente individuales. La ciencia nos ha demostrado que la naturaleza obtiene sus grandes resultados, tanto en el dominio mental como en el dominio material, por la acumulación de pequeñas acciones. Trabajando con ardor en su modesta esfera, el individuo puede colaborar á la gran obra total.

2. Pero este cambio en la manera de considerar el trabajo, establece un problema más bien que darnos un resultado real. La mayor estima del trabajo material supone una relación ideal entre el trabajador y el trabajo, que está todavía muy lejos de existir y que, sin embargo, constituye lo esencial de lo que la moral debe exigir de la evolución social. Esta exigencia suministra, en cada época, la regla para apreciar el valor del desarrollo de la cultura material. Sin embargo, antes de entregarnos á un estudio más profundo de este punto, pondremos primeramente en evidencia las oposiciones sociales que prueban que la división primitiva del trabajo y de sus inconvenientes no ha desaparecido todavía.

a. La oposición que existe entre los individuos que *poseen* y aquellos que *sólo son trabajadores*, es una continuación histórica de la división primitiva del trabajo entre los amos y los esclavos. A menudo el propietario no hace sino consumir el fruto del trabajo de sus abuelos ó de sus contemporáneos; en este caso, la oposición es completa entre él y el trabajador. Pero aun cuando el propietario trabaje, la oposición permanece. Dispone, en efecto, así de los medios de trabajo como del producto. Por lo contrario, el obrero que sólo posea sus manos, está obligado á ponerlas á disposición del propietario, para dar forma á la primera materia y obtener una parte del provecho resultante. Sin primera materia, el trabajo no es posible; pero es probable que, en ausencia de todo trabajo extraño, el propietario pueda utilizar y consumir esa materia. Por indispensable que sea el trabajo para transformar la materia bruta en un producto, no por esto se la considera menos, desde el punto de vista de la producción y del cambio, como un simple medio. El salario está esencialmente considerado como un gasto que hay que reducir al *mínimum*. Desde su punto de vista, el obrero está, pues, naturalmente obligado á considerar el salario como un fin. La cantidad del salario es lo que determina su situación social, y en cierta medida también su situación de hombre. Pero no está en su mano prestar valor á esta consideración, mientras se vea abandonado á sus propias fuerzas. Del mismo modo que su trabajo se considera sólo como un simple medio de la producción, fácilmente ocurre también que se mire su persona como un simple medio. Es necesario que exista una numerosa población obrera para que el trabajo se ejecute al precio más bajo posible. Por otra parte, si algunos se ven obligados á contentarse con un salario mínimo, forzoso es que otros no perciban

salario alguno. Así, pues, la consecuencia lógica de la concepción del salario como simple gasto, es que una infinidad de seres humanos se ven arrojados á los grados más ínfimos de la existencia.

Esta dependencia en la cual, á pesar de toda la libertad personal que oficialmente se le reconoce, está el obrero en frente del patrón, se extiende mucho más allá de las condiciones de su trabajo y de su manutención. No solamente el salario sino también la duración del trabajo y las circunstancias en las cuales se ejecuta, son cosas que se determinan en gran parte sin consultarle. Así, decirle que es un hombre libre y que sólo de él depende aceptar ó no un trabajo, resulta una verdadera ironía (1). La mercancía que ofrece, es decir, su fuerza para el trabajo, es inseparable de su persona, de manera que vendiéndola en condiciones que no le pertenecen, vende también su persona. La dependencia en que está respecto de los patronos, se extiende fácilmente del dominio exterior y material al dominio interior, de manera que no puede en ningún modo portarse como hombre libre en las cuestiones sociales, políticas y religiosas.

b. Los servicios prestados por la ciencia á la industria, no han aprovechado hasta el presente más que á un número reducido de obreros. El trabajo del pensamiento y el de los músculos, el *trabajo in-*

(1) Cuando en el seno de una comisión real inglesa pidióse que se ejerciera más activa vigilancia en las minas de carbón, á causa de la frecuencia de los accidentes, el representante de los patronos dijo: «¿Acaso no depende de los propios mineros consentir en descender á las minas?» A lo que un testigo respondió: «Sin duda; pero también depende de ellos morir de hambre si no descienden.» L. Brentano. *Die Arbeitergilden der Gegenwart*, II, p. 17. Véase p. 165, la alegría de un patrono á propósito del gran número de obreros sin trabajo, circunstancia que permite rebajar el jornal de los asalariados.

teligente y el trabajo físico no se han unido todavía, y comúnmente débense á individuos diferentes. La aplicación de los descubrimientos científicos, la disposición del plan de trabajo y la realización de los medios necesarios para su ejecución, exigen cualidades y condiciones que no están á disposición de trabajadores manuales. El trabajo físico se ejecuta, por decirlo así, á ciegas, sin que el individuo se dé cuenta de las fuerzas naturales que en él concurren ó comprenda la importancia de los resultados obtenidos. Aun en el *círculo de trabajadores manuales*, introdúcese cada vez más una *división del trabajo* que acaba por reducir al trabajador aislado á la repetición mecánica de un solo y simple acto. La evolución del trabajo ocasiona, por un lado, la disolución y la división de un trabajo complejo entre varios obreros diferentes, y por otro la combinación de diversas ramas diferentes de trabajo para las producciones de un solo y mismo objeto. Estas son las dos formas de evolución — el aislamiento y la combinación — que se manifiestan en todos los dominios de la actividad humana. Ya en tiempos de Adam Smith la fabricación de un alfiler estaba encomendada á 18 manos. En este género de trabajo en común, que nace de la división ó de la combinación, el trabajador particular pierde la noción de conjunto. Ejercítase en una tarea única y sencillísima, y sólo se desarrolla en un lado enteramente especial de su personalidad y de sus facultades. La vida humana no se expansiona en él en toda su plenitud; desde este punto de vista, todavía es medio y no fin. Cuanto más se realiza mecánicamente su trabajo, más en relación está también con la actividad total. La especialización lo convierte en órgano perfecto de la máquina entera, pero aumenta también su dependencia, pues le incapacita para emprender una nueva tarea más complicada. Es indudable que

la división del trabajo le ofrece mayor facilidad de pasar de una á otra tarea; pero esta ventaja está compensada por el hecho de que todos los hombres son capaces de emprender tareas sencillas de este género, con lo cual aumenta la concurrencia y disminuyen los salarios. El obrero no tiene gran necesidad entonces de la cultura de su espíritu y de sus facultades, pues la tarea que se le asigna no exige mucha instrucción. Sin afición á su labor, sin ansia de progreso y sin impulsos para adquirir mayor desarrollo, va á parar entonces en una existencia semi-salvaje.

Estas oposiciones, que hemos descrito aquí bajo su forma más aguda (1), establecen la cuestión social.

(1) Rousseau fué el primero que hizo resaltar enérgicamente la parte enojosa de la división del trabajo y estableció con ello la cuestión social. Véase mi opúsculo: *Rousseau und seine Philosophie*, 2.^a ed. alem., p. 110-114; 133 y sig., 133.—Poco tiempo después de Rousseau, Adam Ferguson (*Essay on the history of civil society*, Edimburgo, 1767, IV, 2: Of the subordination consequent to the separation of arts and professions) expuso esta cuestión desde el punto de vista de la historia de la civilización.—En su obra *Gemeinschaft und Gesellschaft*, Fernando Tönnies ha dado una exposición altamente instructiva de la patología social, basándola en serios estudios sociológicos y psicológicos.

XXV

La cuestión social

1. Por qué tiene lugar sobre todo en nuestros tiempos.
- 2. Conexiones entre la cuestión social y la cuestión de la población.
- 3. La cuestión social es una cuestión moral. Noción de la «masa».
- 4. Dos concepciones extremas.
- 5. Necesidad de puntos de partida históricamente dados. Nadie está excluido del debate.

1. Cuando se habla de la cuestión social, es preciso ante todo descartar el equivocado concepto que obligaría á considerarla como una cuestión del todo particular y sencilla, susceptible de resolverse de golpe y de una vez por todas. Surge de fuertes oposiciones que amenazan disgregar la sociedad; pero estas oposiciones están á su vez influidas por la acción recíproca de múltiples y diversas circunstancias. No se trata aquí únicamente de una organización del trabajo material; la cultura ideal, el desarrollo de la vida del espíritu, tienen también su peso, y finalmente la constitución del Estado ejercerá asimismo esencial influencia tanto en la forma como en la solución de esta cuestión. Entre estos diversos aspectos de la cuestión social, el enlace es tan estrecho como entre la cabeza, el corazón y las entrañas. La enfermedad de uno solo de estos órganos puede ocasionar la muerte del cuerpo entero, y toda perturbación en cualquiera de ellos,